

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Una imagen que muestra la unión y cordialidad entre las familias Salvietti y Pucci. Al fondo y a la derecha, con abrigo claro y chaleco oscuro el "Padre de la Papaya" Dante Salvietti. Archivo. Renato Pucci Salvietti, 2006.



Los hermanos Salvietti, unidos en el trabajo y también en los ratos de esparcimiento. Archivo: Renato Pucci Salvietti, 2006.

CUANDO LA ETIQUETA LA PUSO DANTE SALVIETTI

En las inmediaciones del parque Riosinho un viejo y desabastecido almacén de abarrotes intenta sobrevivir al paso implacable del tiempo y el abandono. Lucha solo y sin motivación alguna, y no es para menos, los productos que en su interior se ofrecen a la venta, casi todos relacionados a la canasta familiar, empiezan a escasear y no existen indicios palpables de una posible y anhelada renovación de mercadería. Ya bajo el umbral del negocio, y traspasando el endeble enrejado de madera, se puede observar sobre el mostrador una docena de corazones endulzados de arroz que esperan, expectantes aún, por la visita ocasional de alguno de los escolares que transitan diariamente por la zona. Mientras que a un costado y aguardando igual fortuna se hallan pacientes cientos de caramelos, chocolates y galletas. La idea de las golosinas no tiene otro objetivo que apaciguar el hambre matinal o meridiana de los colegiales, pero estos no llegan y no se sabe a ciencia cierta si durante el transcurso de la jornada harán su arribo. Sin embargo, mejor suerte parecen tener los panes y las bebidas gaseosas. Para ellos hay demanda, aunque no la deseada, y si el almacén no claudica en su lucha constante por subsistir es porque siempre habrá un ama de casa diligente y precavida dispuesta a depositar sobre la mesa el pan de todos los días o, de igual modo, no faltará el obrero hambriento que acuda al lugar decidido a merendar con marraquetas y gaseosa antes de reiniciar sus labores en la construcción. Pues sí, panes y refrescos se venden a diario y son precisamente las características de estos últimos los que todavía roban la atención en el sitio. En uno de los rincones de la tienda, allí donde la pálida luz del solitario foco apenas hace su incursión, una botella vacía de cristal grueso y verde mantiene casi intactos la etiqueta y el dibujo que distinguieron por mucho tiempo a la empresa embotelladora boliviana de mayor renombre en la región. Mirándola con cuidado, después de desprender la fina capa de polvo y olvido que la cubría, se distingue el rostro amistoso de un enano barbado con sombrero puntiagudo y traje de gnomo que pretende ordeñar, cual si fuera una vaca lechera, el cuerpo rechoncho de una papaya. A simple vista la curiosa y simpática figura no expresa mucho, pero si se dirige la mirada por encima del hombrecito de aspecto extraño se encontrará los caracteres inconfundibles del nombre que lleva la afamada empresa de gaseosas: Salvietti. Durante décadas cientos de paceños y bolivianos se han venido preguntando, una y otra vez, por el origen de la marca que porta la gaseosa de su predilección. Las respuestas habrán sido múltiples y variadas, pero pocas acertadas. Lo cierto es que no deberían existir disculpas, por más escuetas o ampulosas que sean, para tal desconocimiento cuando de por medio se interpone el tiempo y un mal registro en la organización de hechos y curiosidades en la memoria colectiva. Salvietti es el nombre de la gaseosa de papaya que tanto les gusta tomar a los bolivianos y su historia, aquella que amenaza con desaparecer a medida que transcurren los días, va más allá de una simple etiqueta amarillenta y gastada.

Un ligur con nombre de poeta

Dante no sólo fue el nombre de un probo escritor medieval toscano que por medio de su fantástica narración dio a conocer las tinieblas del infierno y las bondades del paraíso, también fue el nombre de pila de un hábil ciudadano ligur que portando un poco de ingenio y humildad hizo historia fuera de la Spezia en Italia. Y todo nace a partir de 1918, cuando un joven impetuoso expone a sus progenitores la necesidad inmediata de trasladarse en barco hasta las costas de América para buscar un futuro prometedor y, además, cumplir así con la generosa invitación que meses atrás habían cursado los amigos Mosca a la familia entera. Dante logra el consentimiento y apoyo de sus padres, Anselmo y Asunta, y parte desde Génova rumbo al continente americano dejando tras de sí la melancolía y la venta de vinos que en esos días pocas ganancias les reportaba. Al comienzo creía que su meta estaba ubicada en las vastas praderas de los Estados Unidos, pero la familia Mosca, inmigrantes italianos como él, se hallaba residiendo en Bolivia, país del que poco o nada sabía hasta ese entonces. Después de permanecer días inacabables sobre un vapor colmado de gente, Dante desembarca en Antofagasta y aprovecha la ocasión para estirar los pies que los tenía rígidos y al borde de un calambre fulminante. Caminando por callejas desconocidas y respirando constantemente el olor penetrante del mar, el italiano decidirá en el acto continuar el viaje rumbo a Bolivia. Desde que tuvo contacto con la población y los paisajes del entorno comprendió que su vida había dado un giro al cual debería acomodarse lo más rápido posible. La tarea no fue sencilla, más aún cuando se desconocía la geografía accidentada de la meseta andina y el inclemente ventarrón que flagelaba de canto a canto las altas planicies altiplánicas. El ligur opta, como medida paliativa, por descender el colosal ande rumbo a Chulumani, provincia subtropical paceña enclavada en el norte del Departamento. Allí encontrará un clima apto para su organismo acostumbrado a las temperaturas cálidas de la costa mediterránea. En este pintoresco pueblo de los Yungas Dante no sentirá soledad y aislamiento en ningún momento, de su lado tenía como aliados eternos al ingenio y a la voluntad. Conciente de esto, decide poner manos a la obra y, agudizando su fino sentido del gusto, inicia una empresa sencilla pero no exenta de ambiciones. Jugando a explorador y científico, el novel empresario de las gaseosas y jarabes combina con prolijidad la esencia de las frutas locales con agua natural y un poco de Ginger-ale Ross. Es de suponer que la experiencia adquirida en Italia, cuando el spezino elaboraba vinos, habrá jugado sin duda alguna un rol fundamental para que se de marcha a este proyecto ambicioso. Después de probar los resultados obtenidos, Dante elige sin dubitaciones a la papaya como producto bandera y símbolo máximo de lo que en el futuro será su empresa. Claro, el apasionado ligur contaba por ese entonces con una planta procesadora bastante rústica. Todo lo hacía a mano, gozando, por supuesto, de la ayuda generosa que la naturaleza yungueña le brindaba. El agua la obtenía de las vertientes del monte y como acequias utilizaba las hojas voluminosas y plegables de los plátanos. Los primeros logros fueron saludados por la población –campesinos y hacendados mayoritariamente– quienes degustaban el sabor exquisito de la exótica bebida. Concebida de forma natural y a los pies mismos de la cordillera, la “Papaya Salvietti” también tuvo sus primeros detractores. Estos actuaron silenciosos y con el manto oscuro de la noche como cómplice cuando, al cumplirse el segundo día de la puesta en funcionamiento de la fábrica, los bandidos de rabo extenso y pezuñas fuertes pasaron su pesada osamenta con todo el cargamento que llevaban en el lomo por encima de las acequias de plátano que distribuían el agua. El destrozo fue total, pero subsanado en cuestión de horas. Dante maldijo por ese día la existencia del útil pero poco remunerado jumento.

Así, conciente de los resultados obtenidos hasta el momento y seguro de las capacidades que empezaban a emanar de su interior, carga todo el equipaje que tenía y se dirige sin vacilaciones hacia la ciudad de La Paz. En la calle Loayza organiza una nueva planta industrial, esta vez más completa y sofisticada. Entonces, acuartelado y preparando un nuevo proyecto de mayor envergadura, convoca a sus hermanos Ruggiero y Pierino con la firme idea de generar un negocio familiar sin precedentes. Los dos hermanos llegan en fechas distintas a Bolivia pero movidos por la necesidad inmediata de colaborar plenamente al hermano en sus actividades laborales. Si bien la Papaya Salvietti comenzó a dar sus primeros pasos en la zona de Los Yungas en 1920, fue a partir de los años siguientes donde inicia su consolidación como empresa exitosa. El mercado era mayor y los pedidos se incrementaban a medida que el producto mejoraba su calidad.

Ahora los hermanos Salvietti se daban el lujo de producir gaseosas de sabores diversos y apariencia atractiva. De esta forma, el jarabe aromático y dulce de fruta que se produjo en Chulumani había mutado de forma y sabor para dar paso a la consistencia gaseosa y efervescente de la irresistible bebida amarilla con gusto a papaya. El esfuerzo se tradujo pronto en dinero y reconocimiento social y las instalaciones de la fábrica y embotelladora fueron llevadas hasta la empinada calle Calama.

Dante contrajo nupcias con la señora boliviana Esther Nieto, con quien tuvo tres hijos: Guillermo, Mario y Anselmo. Este notable ciudadano de la Spezia italiana regresa a su patria en 1954, muere en la tierra que lo vio nacer el año de 1974, no sin antes dejar un testimonio imborrable de su presencia en Bolivia, la popular "Papaya de Dante".